

Mauro Kwitko

Cómo sacar partido
a tu encarnación



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Espiritualidad y Vida interior

CÓMO SACAR PARTIDO A TU ENCARNACIÓN

Mauro Kwitko

1.ª edición: septiembre de 2023

Título original: *Como aproveitar a sua encarnação*

Traducción: *Karina Branda Sánchez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2017, Mauro Kwitko

(Reservados los derechos para la presente edición)

© 2023, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-049-6

DL B 13.839-2023

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prefacio	7
Quién soy	19
¿De dónde vengo?	37
¿Hacia dónde voy?.....	41
¿Por qué nos reencarnamos?.....	45
La reforma íntima	51
Los niños.....	55
Los adolescentes	59
Los adultos.....	71
Los padres	77
Los ancianos.....	87
La humildad.....	93
La resignación	97
El perdón	107
Perdonarse a uno mismo.....	117
Nuestros modelos.....	123
Los defectos.....	131
Razonamiento y contrarrazonamiento	141
Los dos tipos de psicoterapia	147
Los riesgos de la terapia de regresión.....	155
Test de aprovechamiento de la lectura del libro (y de la encarnación).....	159

PREFACIO

Este libro tiene la intención de hacer llegar al público en general lo que he aprendido en las sesiones de regresión con personas en tratamiento desde hace unos veinte años hasta el presente (2016), período en que habré realizado unas 12 000 sesiones, respetando la Ley del Olvido.

He escuchado sus relatos de vidas acontecidas en siglos pasados, ellos cuentan sus historias personales, están ahí, y prueban el pilar básico de la psicoterapia reencarnacionista: la personalidad congénita. Escuchando estos informes, observando, reflexionando, he ido aprendiendo mucho sobre el aprovechamiento o no de las encarnaciones. Y ahora reconozco los patrones que se repiten en todos nosotros, encarnación tras encarnación. Algunos espíritus llevan siglos encarnando, envueltos en un patrón de violencia, ya sea padeciéndola ellos mismos o practicándola; otros, en materia de sexualidad, negando, abusando, sufriendo y haciendo sufrir. Noto patrones de autoritarismo, agresividad, prepotencia y también miedo, sumisión, baja autoestima; otros muestran un patrón de aislamiento, soledad... Es como si todos estuviéramos sintonizados durante algunos siglos con una gama de comportamientos y atravesáramos encarnacio-

nes para aprender sobre ese tema, evolucionar en él, para, precisamente, liberarnos de él. ¡Pero cuánto tiempo lleva deshacerse de un patrón! Escucho relatos de agresión, violencia, abusos sexuales, timidez, miedo, etc. repetitivo, durante siglos o milenios, muchas, muchas encarnaciones repetitivas. Es como un estudiante que sigue repitiendo una materia que aún no puede aprobar, durante años y años. Sólo que, aquí, no son años, sino miles de años.

Darse cuenta de este retraso en la evolución es una de las principales razones que me llevan a escribir libros sobre el tema, con el fin de ayudarnos a todos a aprovechar mejor la encarnación.

Aunque he estado tratando con la reencarnación durante mucho más tiempo del que he realizado regresiones, sólo comencé a creer realmente en ella cuando tuve noticia de los miles de relatos de encarnaciones pasadas de estas personas, de las que describen, con sentimiento, con emoción, situaciones, hechos, dramas, batallas, muertes, enfermedades, accidentes, de encarnaciones pasadas.

Aunque he sido un creyente en la reencarnación durante más tiempo que he practicado la regresión, de lo que hablo en este libro no es sobre religión, sino psicología. He creído en la reencarnación desde que era un niño, pero estoy convencido desde hace unos veinte años, desde que comencé a escuchar a las personas, regresando a sus encarnaciones pasadas, contar sus historias, sus encarnaciones y desencarnaciones, sus ascensos y descensos.

Este libro no es un libro espiritista ni religioso, sino sobre la reencarnación dentro de una propuesta de expansión de la

psicología, para que abra sus fronteras antes de nuestro nacimiento y después de nuestra muerte. Se trata de un libro básico sobre la psicoterapia reencarnacionista.

Es importante que tratemos de entender, a pesar de nuestras limitaciones de espíritus encarnados, las leyes que rigen la reencarnación, cómo y por qué ocurre, cuál es su finalidad y, principalmente, cómo saber aprovecharla, desde el punto de vista de nuestro Yo Superior. El primer requisito para aprovechar de una encarnación es saber que la estamos viviendo, que no somos nuestra «cáscara», sino un espíritu en ella. Pero el hecho de creer en la reencarnación no implica automáticamente su real aprovechamiento, así como no creer tampoco implica desperdiciarla. Lo que determinará el aprovechamiento, o no, de un pasaje terrestre es lograr un ascenso, al menos satisfactorio, en nuestro nivel espiritual, es decir, una mejora en nuestras características personales, en un trabajo de purificación: nuestra misión individual. La otra misión, colectiva, consiste en la búsqueda del rescate y de la armonización de otros seres, con los cuales tenemos conflictos de encarnaciones anteriores, y procuramos devolver un vínculo amoroso con las personas próximas, con las no tan próximas y con toda la humanidad.

Ambas misiones deben ir de la mano, pero la mayoría de la gente apenas logra cumplir la individual y pocos logran desarrollar la colectiva, al menos a un nivel satisfactorio. ¿Por qué ocurre esto? Responder a esta pregunta es uno de los objetivos de este libro. En todos estos años en los que he participado en estas experiencias de encarnaciones pasadas, he asimilado algunos conocimientos de cuestiones impor-

tantes sobre nuestro éxito o fracaso en el desempeño de nuestras misiones de encarnación.

Quiero poner aquí la forma en que nosotros, desde la Asociación Brasileña de Psicoterapia Reencarnacionista, realizamos las regresiones. En el momento en que escribí *20 casos de regresión*, cometí algunos errores que fui corrigiendo, hasta llegar a una técnica en la que priorizamos la ética para no interferir con las leyes kármicas. A través de nuestra técnica, el terapeuta actúa sólo en la parte de relajación y en promover el aumento de frecuencia, permitiendo que el mentor espiritual de la persona se haga cargo y maneje la regresión, intentando desconectarla de situaciones traumáticas de su pasado, donde aún está sintonizada, y de donde provienen la mayoría de las fobias, pánicos, depresiones refractarias, etc. Después de hacer nuestra parte, cuando comienza el informe, interferimos lo menos posible para no molestar a quien está realmente realizando la regresión. De vez en cuando, decimos «Sí...» «Continúa...», «¿Y después?»

Nunca alentamos a la persona en regresión a identificar a alguien que conoció en otra encarnación, un error que cometía hace años. Durante aquella época, creía que debía fomentar este reconocimiento y luego llevar este material a las consultas posregresión, ¡pero me equivoqué! Muchos terapeutas de regresión hacen esto, pero, en realidad, es una interferencia con el karma entre las personas y no debe hacerse. Expongo esta cuestión aquí porque algunas personas están en contra de la terapia de regresión y tienen razón, porque muchos terapeutas practican esta técnica de manera irresponsable, al servicio de la curiosidad, y algunos no tie-

nen ni siquiera el conocimiento o la capacidad para practicar esta terapia. En nuestros cursos de formación, se enfatiza el respeto por la ética y la atención al ego del practicante para evitar la tendencia a dirigir el proceso, a comandar la regresión. ¿Quiénes somos nosotros para saber a qué debe acceder una persona en su pasado y si merece desconectarse de determinadas situaciones? Tu mentor espiritual sí lo sabe.

Quiero repasar en este libro lo que aprendí sobre reencarnación en las sesiones de regresión con estas personas, con los relatos de sus vidas pasadas. Para los que no creen en la reencarnación, para los que eligieron este libro por curiosidad, para los que tienen dudas sobre el tema, les sugiero que busquen pensar por sí mismos, y no basarse en lo que dicen los libros antiguos, milenarios, sin garantía de lo que verdaderamente fue dicho por los autores originarios en aquella época, y quienes realmente escribieron esos textos y cuanto fueron modificados en las traducciones y manipulados en los siglos siguientes por las Iglesias que se apoderaron de ellos.

La razón por la cual la psicología oficial no se ocupa de la reencarnación se remonta a la acción del emperador Justiniano en el año 553 d. C., al convocar el Concilio de Constantinopla, invitando sólo a obispos no reencarnacionistas y decretando que la reencarnación no existía, influido por su esposa Teodora, una excortesana, quien, para liberarse de su pasado, hizo matar a antiguos compañeros y para no sufrir en otra vida las consecuencias de esta cruel orden, como preconiza la Ley del Karma, se comprometió a suprimir la magnífica doctrina de la reencarnación. ¡Este Concilio fue

sólo una reunión que excomulgó y maldijo la doctrina de la preexistencia del alma, con protestas del papa Virgilio que fue secuestrado y preso por Justiniano durante ocho años por negarse a participar en ese Concilio)! De los 165 obispos presentes, 159 no eran reencarnacionistas y esto le otorgó a Justiniano los votos que necesitaba para decretar que la reencarnación no existía. Y así, la Iglesia católica se convirtió en una iglesia no reencarnacionista, y más tarde, su disidencia también llevó consigo este dogma. Con el predominio de las Iglesias no reencarnacionistas en Occidente, se creó en la conciencia colectiva occidental la idea de que la reencarnación no existe, dentro de la cual se formó la psicología y la psiquiatría, que luego, por coherencia, tampoco se ocupan de la reencarnación. Es decir, la psicología no se ocupa de la reencarnación a causa de Teodora...

Pero lo más importante es que busquemos dentro de nosotros mismos una convicción personal sobre la reencarnación, y es fundamental que cada uno encuentre su propia verdad interior, no a través de libros u opiniones, no a través de lo que se escribe o se cuenta, sino a partir de sus propias vivencias y experiencias. Entonces, puedes seguir el camino que creas más adecuado para ti, porque cuentas con tu propia experiencia, una experiencia personal. La opinión sobre un tema, sin esa participación interna, puede ser ciega si no se consolida en la propia experiencia, si se basa sólo en lo que procede de afuera, en lo que se dice sin una base interna, y eso genera fanatismo, que es una de las formas en que se manifiesta la inseguridad.

Las personas que no creen en la reencarnación, alegando que no se menciona en la Biblia, deberían prestar atención al hecho de que el libro básico de las Iglesias no reencarnacionistas no hablaría de ello. Pero recordamos que Jesús, cuando le preguntaron quién era Juan el Bautista, respondió que era Elías, el que había vuelto.

Pero, en realidad, el grado de evolución espiritual de una persona depende más de su carácter que de su creencia religiosa, más de su práctica que de la teoría. No creas, sin examinar, nada de lo que te digan, ni siquiera lo que aquí expongo. Debes experimentar y practicar, y luego tener tu propia opinión, basada en una certeza íntima, que, entonces, tendrá valor, porque no puede ser manipulada. La fe puede tener poco valor si sólo se basa en lo que se nos dice, en dogmas establecidos hace mucho tiempo y que, por lo tanto, no están predispuestos al cambio y al cuestionamiento. La verdadera fe proviene de la experiencia personal en el sentido de conocimiento.

Espero que este libro nos ayude a todos a darle la oportunidad a nuestro espíritu de obtener un real aprovechamiento de la encarnación, porque siempre tendemos a repetir el mismo error, encarnación tras encarnación, ya que regresamos a la Tierra con las mismas características de nuestro espíritu expresadas en la personalidad, lo que llamamos «personalidad congénita». Dicha personalidad determina nuestra forma de sentir y reaccionar ante los hechos de la vida terrenal y, entonces, tendemos a repetir los mismos razonamientos y las mismas acciones equivocadas.

Algunas de las claves para obtener aprovechamiento de una reencarnación son la personalidad congénita y la claridad con respecto a que somos un espíritu y no una «cáscara» que sirve para hacerlo visible. El espíritu viene a la Tierra a purificarse, concretizar su evolución, y necesita una «cáscara» para hacerse visible, pero es entonces cuando empieza a creer que es la «cáscara» y frecuentemente, aprovecha poco esa oportunidad.

Quiero exponer en este libro los conocimientos que he adquirido en las regresiones con personas que he tratado de una forma clara, sencilla, práctica y objetiva, para que el aprovechamiento de la encarnación se convierta en una tarea fácil y placentera, en lugar de algo difícil y complicado.

Espero lograr este objetivo y poder transmitir un método que he aplicado desde hace tiempo y que, a mí, me ha funcionado. En definitiva, consiste en eliminar nuestras inferioridades e imperfecciones. Esto debe hacerse en la práctica, en el día a día, cuando aparecen, aunque creamos tener motivos para sentir las y exteriorizarlas. La tarea de purificación, anhelada por nuestro espíritu, es infinitamente más importante que los razonamientos de nuestro ser encarnado. La infancia no es el comienzo de la vida, sino la continuación y, por lo tanto, no formamos nuestra personalidad en la infancia, sino que nacemos con la personalidad ya incorporada en nuestro ser. Una familia no es una agrupación aleatoria de personas, sino espíritus cercanos encarnados.

Venimos a la Tierra a evolucionar espiritualmente, nos encarnamos para que nuestras inferioridades salgan a la luz y puedan ser mejoradas, o eliminadas, lo que no sucede

cuando estamos en el Astral, por la falta de dificultades, de los «disparadores» que las hacen aflorar. ¡Los hechos de la vida terrenal son los hechos, nos reencarnamos para pasar por hechos, y lo importante es lo que surge del interior dentro de nosotros frente a ellos! ¡Ahí reside la finalidad de la encarnación! Todo conspira a nuestro favor, aunque hayamos nacido pobres, en una familia disfuncional, con un padre agresivo, con una madre problemática, etc. Todo es una oportunidad, una lección, todo tiene un propósito y se basa en la Ley del Retorno.

Muchas personas quedan presas, por el dolor, la ira, en los hechos negativos de su vida, sin darse cuenta de que éstos son potencialmente positivos para su evolución espiritual. Se olvidan de ver sus defectos, creen que surgieron de los hechos y así dejan de evolucionar. Y se quejan de su padre y de su madre, olvidando los lazos kármicos que los unen, de los rescates. Y se quejan del esposo, la esposa, los hijos, sin saber lo que fueron en vidas pasadas, por qué se reencontraron.

Vivimos en el Astral inferior, un lugar donde permanecemos como en una carrera de obstáculos, y en cada momento surge una dificultad. ¡El objetivo de la carrera es ganar! Y Dios no da una carga mayor de la que podemos soportar. Algunas personas son ganadoras y cada obstáculo, cada barrera son una motivación para luchar, para ganar y crecer. Éstos evolucionan rápidamente. Algunas personas pasan mucho tiempo en cada barrera, vacilando, debilitándose, parece que lo harán, pero no lo logran, sufren, se quejan demasiado, pierden el tiempo compadeciéndose de sí mismas. Al fin, terminan ganando, pero se demoran demasiado.

De repente, la encarnación termina, el resto de la carrera de obstáculos queda para la siguiente. Pero algunas personas parecen haber nacido para perder, cualquier obstáculo les parece insuperable, cualquier barrera les resulta demasiado grande, ven dificultades en todo, y entonces su evolución espiritual es lenta.

¿Dónde está la felicidad? En el interior de la persona que la siente. El mundo es igual para todos, cada uno hace su vida según sus pensamientos, sus sentimientos, su naturaleza, su carácter, sus actitudes. Lo que nos sucede durante una encarnación, desde la constitución de nuestra niñez, es el resultado de nuestras encarnaciones pasadas, según nuestro merecimiento. Lo que se nos presenta en cada momento es el resultado de lo que hemos sembrado. Quien planta espinos, espinos recoge; quien planta flores, cosecha flores. Podemos cambiar nuestro destino para mejor. ¿Cuándo? ¡Ahora! ¿Cómo? Con una actitud positiva, con rectitud, con amor, con firmeza. La felicidad es posible desarrollando la aceptación, mirando alrededor, pensando en las personas que tienen una vida peor que la nuestra, saliendo del sufrimiento del egocentrismo. Mucha gente vive quejándose de algo, siempre hay algo que falta. ¿Y lo que tienen? Raramente lo valoran.

El propósito de la encarnación es la búsqueda de la evolución espiritual y ahí radica el significado de la vida. Esto lo tiene que hacer la «cáscara» y ahí está la misión de cada uno de nosotros. Sin la creencia en la reencarnación, que son las sucesivas venidas del espíritu a la Tierra en busca de su purificación, la vida no tiene sentido. No creer en ella es una de

las causas de las desigualdades sociales, el racismo, el materialismo, la futilidad, la depresión, los suicidios, y tantos otros males que aquejan a los seres humanos, cuando viven sólo para esta vida material y para sí mismos, no para su espíritu y para la eternidad. Si una persona blanca y racista supiera que no es blanca, sino que está en una «cáscara» blanca, no le disgustarían las personas con una «cáscara» negra, porque no son negros, están negros. Yo mismo me he visto negro en una encarnación pasada. Esta vez, estoy blanco. Y en mi próxima encarnación, ¿seré hombre o mujer? ¿Blanco o negro?, ¿brasileño u otra nacionalidad? Éstas son algunas de las ilusiones de la vida encarnada, debemos ser conscientes de ellas. En una ocasión, en un programa de radio, el locutor me preguntó si yo era judío. Respondí: «Yo no, Mauro se reencarnó en judío, ahora es espiritista».

Esta nueva escuela, a la que llamamos psicoterapia reencarnacionista, es la psicología de la evolución espiritual, a través del tiempo. Mis otros libros tratan sobre ello, pero éste pretende ser un manual práctico que nos ayudará a todos a aprovechar el tiempo que pasemos aquí y ahora. Para eso necesitamos liberarnos de las ilusiones.

QUIÉN SOY

Creo que la visión oscura que muchas personas tienen sobre este tema es uno de los grandes obstáculos para el aprovechamiento real de nuestro tiempo en la Tierra. La mayoría de la gente cree erróneamente que es su ser encarnado, su cuerpo, su «cáscara», cuando, de hecho, esto sólo está sirviendo como un vehículo que contiene su verdadera identidad, el espíritu, durante una encarnación. La cuestión es, entonces, saber quiénes somos realmente, y la ilusión de las etiquetas de «cáscaras» es un gran obstáculo para lograr el éxito de la encarnación.

Somos una conciencia, que anima un ser, y que se constituye de un cuerpo físico para hacerse visible y permitirnos pasar por aquí. Es como cuando vamos al fondo del mar, nos ponemos una escafandra, pero no somos la escafandra, sino que estamos dentro de ella. Nuestro cuerpo físico está construido para que nuestro espíritu pueda pasar tiempo aquí, y está hecho de acuerdo con la gravedad, presión atmosférica y temperatura de este planeta. El gran error del espíritu encarnado es olvidar que es espíritu y creer que es el cuerpo.

Después de nuestra última desencarnación, permanecemos en el Astral un tiempo, que puede ser más o menos

largo, hasta que nuestra conciencia anime un nuevo cuerpo físico, y volvamos a experimentar la Tierra. Hay un propósito en esto, y si sabemos cuál es, si al menos lo pensamos, lo estudiamos, facilitará en gran medida el logro del éxito deseado en este pasaje. Si no sabemos para qué volvió a descender nuestro espíritu, si ni siquiera recordamos que somos un espíritu reencarnado, estamos expuestos a perdernos en las redes de las ilusiones, en las trampas de la vida terrenal. Pero también he notado que muchas personas que creen en la reencarnación tienden a razonar sobre ella teóricamente, desde un punto de vista religioso, y no en términos prácticos y cotidianos en sus vidas diarias. Y de eso también trata este libro.

El propósito de la reencarnación es continuar el camino evolutivo interrumpido en la última desencarnación, nuestra búsqueda de evolución, de purificación, lo que significa aumentar nuestra capacidad de amar y darnos a los demás, servir, liberarnos del egocentrismo. Todo ello elevará nuestra frecuencia vibratoria, nuestro grado de pureza. Pero en el día a día pocas personas saben cómo lograr este objetivo, porque no tienen claro que su espíritu vino a mejorar, qué vino a sanar, de qué deben liberarse, cuáles son las características negativas de su personalidad que están trabajando aquí. En fin, lo que realmente brindará la oportunidad para la evolución de su espíritu en este pasaje actual.

Creo que esto se debe a que, en general, somos reencarnacionistas en los lugares religiosos a los que asistimos, en casa leyendo nuestros libros espirituales, asistiendo a conferencias, etc., pero en nuestra vida cotidiana, los negocios, la

lucha por la supervivencia, la ganancia del pan..., tendemos a razonar y comportarnos olvidando que somos reencarnacionistas, por el condicionamiento de una sociedad basada en el culto a los falsos valores, materiales, superficiales, externos, percederos, en apología del ocio y el pasatiempo. Nuestra sociedad sigue muy centrada en el pasatiempo y no lo suficiente en el uso del tiempo.

Es necesario ser reencarnacionista en la vida cotidiana y, con ello, poder cumplir con la misión evolutiva individual y aprovechar verdaderamente la encarnación, triunfar en este pasaje y evitar perderse en las ilusorias trampas terrenales.

Comparemos nuestra postura y forma de actuar cuando estamos en nuestra vida diaria y cuando estamos en un lugar religioso. En la vida cotidiana afloran el egoísmo, la agresividad, el orgullo, el autoritarismo, la tristeza, la inseguridad, los miedos, etc. Pero en un lugar religioso, tranquilo, ¡qué bien nos sentimos! Allí el egoísta olvida su egoísmo, el agresivo pierde su agresividad, el orgulloso recuerda la humildad, el autoritario se vuelve solidario, el impaciente parece paciente, el triste, se alegra, el herido, olvida sus penas, el inseguro, adquiere seguridad, el temeroso, se siente valiente...

Por eso estamos aquí, encarnados, para que nos confrontemos con personas y situaciones que sacan a relucir lo que necesitamos mejorar, o sana. Y luego se establece el escenario de las encarnaciones: el padre, la madre, la familia, la infancia, la condición social, la nacionalidad, el color de piel, etc. Y por paradójico que parezca, lo que no es agradable, lo que no nos gusta, generalmente está ahí para nuestro beneficio, pues los hechos «negativos» que aquí encontramos hacen

aflorar las imperfecciones de nuestro espíritu, lo que vinimos a mejorar aquí esta vez.

Estamos aquí en la Tierra para pasar por hechos, que a veces, nos parecen negativos, con la finalidad de saber qué tenemos que mejorar en nosotros mismos. Si supiéramos lo que hicimos en otras vidas, por qué merecemos pasar por ciertas cosas... Los hechos desagradables, traumáticos de la existencia, muchas veces actúan, potencialmente, a nuestro favor, ya que pueden hacernos evolucionar, mejorar, crecer. Pero, claro, si la «cáscara» supiera eso y no sintonizara con la ira, no se perdiera en el dolor y otros sentimientos negativos, el espíritu que está dentro de ella no podría sanar. Muchos reencarnacionistas, en su vida, en su diario vivir, olvidan esta cuestión y razonan como no reencarnacionistas, y pocas veces recuerdan, en los malos momentos de su existencia, que son espíritus de paso.

Una persona de baja estatura puede haber venido a curar el orgullo; una situación de pobreza puede ser el escenario para curar una tendencia al orgullo o a la deshonestidad; nacer en una familia rica puede significar tratar de curar la pereza y el materialismo; un rostro y un cuerpo hermosos pueden encajar en un proyecto para curar la vanidad y la futilidad; un padre agresivo puede servir para curar nuestra propia agresión o nuestro miedo e inseguridad; la ausencia de un padre o de una madre puede tener como objetivo curar nuestra tristeza, sentimientos de rechazo y abandono congénitos, etc. Y también, en este tema de la infancia, siempre debemos recordar la Ley del Retorno.

Los hechos que nos parecen negativos, que nos suceden durante nuestra vida encarnada, deben enfocarse en lo que surge de negativo dentro de nosotros, de nuestro espíritu, porque ésa es la oportunidad de crecimiento, de purificación. Pero muchas personas se aferran sólo a los hechos «negativos» y no se miran a sí mismas. Deberíamos fijarnos más en lo que sale de negativo dentro de nosotros que en los hechos catalizadores de ello, es decir, cuidarnos a nosotros mismos.

No es difícil saber a qué ha venido nuestro espíritu a la Tierra esta vez: sólo tenemos que mirar nuestra imperfección, esto es lo que nos une a este planeta y nos hace volver aquí, en un ciclo milenar de reencarnaciones. Vinimos a sanarnos, pero para eso necesitamos conocernos y observarnos para detectar cuando nuestras imperfecciones salen a la luz, frente a los hechos y las dificultades de la vida, y entonces tratamos de evitar que surja esa inferioridad, sublimando su manifestación y transmutándola en la cualidad superior que queremos cultivar.

Y éste es un trabajo que debe realizarse durante todo el día, todos los días, a lo largo de la encarnación, en nuestra cotidianidad, en nuestro hogar, en nuestro lugar de trabajo, en medio del tráfico, y no sólo cuando estamos en contacto con ideas espiritualistas, en lugares de trabajo espiritual, en nuestras lecturas, porque allí es muy fácil parecer «perfectos», allí nuestras imperfecciones quedan recogidas, escondidas, hasta que parece que ya no existen.

¡El momento de sanar nuestras imperfecciones es cuando aparecen! Hay que desechar la rabia cuando nos damos

cuenta de que estamos en sintonía con ella, la impaciencia cuando nos impacientamos, el orgullo cuando nos exaltamos, la arrogancia cuando nos proponemos afirmar conocimientos que aún no somos capaces de conocer, la tristeza cuando estamos tristes, dolor cuando estamos heridos, rechazo cuando nos sentimos rechazados, timidez cuando nos escondemos, miedo cuando nos encogemos, etc. Y toda persona o situación que saca algo negativo de nosotros es un instrumento de Dios a nuestro favor. Ésa es una clave.

Pero debido a una visión psicológica, oficial, que considera e investiga sólo esta vida, y luego se ocupa de la formación de la personalidad, que es una concepción no reencarnacionista, nosotros, aun siéndolo, nos acostumbramos a pensar que tenemos ciertas características inferiores de personalidad, problemas emocionales y dificultades existenciales, debido a conflictos con nuestros padres, los hechos de nuestra infancia, circunstancias de la vida, traumas, etc. Cuántos reencarnacionistas consideran su infancia como el comienzo de la vida y se victimizan, culpan a algunos «villanos» (generalmente padre y madre) de la totalidad de sus defectos e imperfecciones, olvidando que ellos son reencarnacionistas. Nuestra personalidad no se puede formar en esta vida, pues ya existimos antes, en muchas otras vidas, ella es congénita.

La reencarnación nos enseña que la personalidad está en nuestro espíritu y nuestra niñez es cocreada por nosotros y por Dios. Los padres son responsables de sus hijos ante Dios y deben darse cuenta de las negatividades que traen consigo en sus características de personalidad, sentimientos... y, con amor, firmeza, con un buen ejemplo, tratar de ayudarlos

desde una temprana edad, fomentando sus virtudes y cualidades positivas. Algunos padres son más competentes que otros en este arte, pero también los hay que agravan aún más lo inferior de su hijo, son peores incluso que su hijo.

Somos espíritu que ya nacemos con una personalidad formada. Nuestras imperfecciones se revelan en nuestra infancia y a lo largo de la vida, por los «villanos», por las «situaciones-villanas», que las hacen aflorar, no fueron creadas por ellos. Nunca he visto, en las sesiones de regresión, gran tristeza, dolor, sentimientos de rechazo, abandono, depresión, timidez, sentimientos de inferioridad, miedo, agresión, autodestrucción, orgullo, vanidad, etc. que ya no estaban allí en otras encarnaciones pasadas, y que, en consecuencia, aparecieron de nuevo aquí, no por los hechos, sino por su acción desencadenante sobre estas viejas características.

Si recordáramos esto más a menudo, no nos preocuparíamos tanto por lo que nos hicieron, o por lo que no nos hicieron, por lo que nos hacen, o por lo que no nos hacen, sino por nuestras inferioridades, que vinieron con nosotros, están en nuestro espíritu, aún inferiores e imperfectas, y son evidentes en las formas emocionalmente equivocadas en que reaccionamos a los hechos «negativos» de la niñez y más adelante en la vida. Ésta es una de las principales propuestas de la psicoterapia reencarnacionista, la cual se ha estructurado enfocándose en la evolución espiritual, que trabaja con el aprovechamiento real de la encarnación, desde la noción de la continuidad de nuestra personalidad, encarnación tras encarnación, hacia la purificación.

Una de las críticas que recibimos sus defensores es que la psicoterapia reencarnacionista no trata con la infancia, no valora los traumas, las situaciones infantiles conflictivas, los rechazos, los abandonos, los malos tratos, los abusos, las dificultades económicas, etc. O sea, que no trabajamos con otra cosa que no sea la personalidad congénita y el aprovechamiento de la encarnación. Asimismo, nos reprochan que pensemos que la infancia no tiene nada de valor en el trabajo con los pacientes. Ésta es una crítica infundada. Quienes nos ocupamos de la reencarnación sabemos que la infancia es la reanudación de la vida terrenal, está constituida según las Leyes Divinas y es un material muy importante para que el psicoterapeuta reencarnacionista la examine en relación a su paciente.

Fui pediatra durante muchos años y atendí a numerosos niños en la consulta. Es evidente que no pensamos como algunos creen. Los hechos de la infancia nos afectan, sí, ¡y cómo! Lo que decimos es que los traumas son traumas, ya sea de la infancia o durante la vida, los dramas son dramas, rechazos, abandonos, abusos... Son temas muy serios para trabajar en terapia, porque marcan profundamente a quienes los sufren, pero ¿y las encarnaciones pasadas, y la Ley del Retorno, y la Ley del Mérito? ¿Por qué un espíritu procede de un padre agresivo? ¿Por qué no vino el hijo de un padre tranquilo? La pregunta «¿por qué?» es fundamental para el aprovechamiento de la encarnación. Por lo general, no podemos saberlo, pero teóricamente podemos hablar con la gente al respecto.

Y también vemos que los padres son a veces los responsables de la expansión de las negatividades que sus hijos ya traen consigo cuando se reencarnan. Un niño se reencarna para mejorar una tendencia a ser herido, a sentirse rechazado y acude, porque lo necesita, a un padre que le cuesta ser cariñoso, tener paciencia, entregarse, y poco a poco empieza a surgir ese viejo dolor y rechazo... Si este padre aprovechara esta oportunidad, al recibir un hijo, y tratara de corregirse, de estar más atento, tranquilo, presente, sería una gran oportunidad para evolucionar, mejorar lo que tiene que mejorar, evolucionar espiritualmente, y que haría que esas negatividades de su hijo disminuyeran desde pequeño, no aumentarían. Esto también se aplica a los padres de niños que nacieron con tendencia a sentir ira, rebelarse, autodestruirse. Los padres son responsables de expandir o disminuir lo que sus hijos enfrentaron en esta encarnación. Si las cosas empeoran, esto puede volver, en otra encarnación, cuando el padre de hoy puede venir como hijo... Y el hijo de hoy, quién sabe, ¿fue el padre antes? ¿O un jefe cruel? ¿O una madre que abandonó?

En la noción de personalidad congénita encontramos la explicación de que en una misma familia un hermano se sintiera tan lastimado y el otro no, uno se rebelara tanto y el otro no, uno se autodestruyera y el otro no, con la misma situación familiar. Y ahí puede estar revelando lo que cada uno de los niños vino a mejorar, o sanar, en sí mismos, en sus pensamientos, en sus sentimientos, en su forma de ser. Pero siempre se debe tener en cuenta por qué un niño viene con un padre agresivo y otro con un padre tranquilo, uno

tiene una madre fría y el otro una cariñosa. En la psicoterapia reencarnacionista no empezamos a razonar en la infancia, miramos más atrás, vemos la infancia como una continuación, basada en el mérito, en el propósito, en los rescates, una oportunidad de aprendizaje y crecimiento.

Todo psicoterapeuta percibe, en su día a día, cómo relatan las personas, con distintos tonos e intensidad, las situaciones de su infancia, con mayor o menor enfado, dolor, tristeza, etc. La psicoterapia reencarnacionista llama a esta forma individual de sentir y reaccionar ante hechos y traumas «personalidad congénita», y puede ayudar a las personas a encontrar allí el propósito de su nuevo descenso a la Tierra.

En nuestra infancia, una vieja herida, rebeldía, tristeza... se revelan cuando atravesamos situaciones que las hacen aflorar, como por ejemplo tener un padre muy agresivo, una madre indiferente, vivir una situación de pobreza, etc. Incluso pueden aumentar, amplificarse, crecer en intensidad, y lo que vino a sanar en nosotros puede volverse aún más grande en la infancia. Pero quien se ha reencarnado con una tendencia a reaccionar con ira, siente ira; quien trajo tristeza, siente tristeza; el que trajo miedo, siente miedo; quien trajo un sentimiento de rechazo, se siente rechazado... Y la estructuración de la infancia por parte de Dios no es un castigo ni ningún otro proceso punitivo, sino para nuestro beneficio. La infancia es el comienzo que necesitamos.

Mucha gente cree que sus imperfecciones e inferioridades fueron creadas aquí, por culpa de alguien, generalmente en la niñez. ¿Entonces crees que eran espíritus puros y perfectos cuando reencarnaron? Por supuesto, a veces adquirimos ras-

gos negativos en una encarnación, y me preguntan: ¿cómo diferenciar los rasgos negativos de personalidad que llevamos con nosotros en nuestro espíritu de los que se originan en la encarnación actual? Lo que observo en las sesiones de regresión es que nuestras características negativas (timidez, miedo, tristeza, depresión, dolor, rechazo, rebeldía, agresividad, orgullo, vanidad, etc.), cuando son muy fuertes e intensas, nos acompañan desde hace mucho tiempo, son seculares o milenarias. Cuando son menos intensas, pueden tener su origen en esta niñez actual o ya están en una etapa final de curación. Una gran tristeza es ciertamente milenaria; una fuerte tendencia a lastimarse, a sentirse rechazado, es un sentimiento muy antiguo; el sentimiento de inferioridad, de ser menos que los demás, procede de tiempo atrás; y de encontrarte a ti mismo más que a los demás, también.

Incluso si un trauma infantil parece haber sido tan fuerte que dio lugar a una característica de la personalidad, un sentimiento muy fuerte, que desconcierta la vida de una persona, si es muy fuerte, ya procede del pasado, y se reforzó en la encarnación actual. Si es de baja intensidad, tal vez comenzó en esta vida.

Es importante que una persona que ha venido a sanar un viejo sentimiento de rechazo se pregunte por qué su proyecto reencarnacionista incluía a un padre o madre preocupado, ausente o agresivo. ¿Y quién cultiva un desacuerdo con haber nacido en una familia muy pobre? Alguien que no se conforma con tener un defecto físico congénito debe preguntarse por qué su proyecto de reencarnación incluía esto. Veo, en las regresiones, a personas feas que han venido a

curar la vanidad, gente rica que ha venido a curar el materialismo, gente negra que ha venido a curar el racismo...

En una ocasión, una persona acudió a mi consultorio para tratar su pena, por haber sido hija de un mendigo. En la regresión que hicimos, apareció que había sido una mujer noble en la corte de Inglaterra, a principios de siglo, muy orgullosa, fútil y superficial.

Ahora debía vivir en la miseria para aprender a valorar el trabajo y cultivar la humildad. Entonces, el hecho de que, en esta encarnación, deba experimentar esa situación aparentemente injusta desde un punto de vista social, es en realidad una situación potencialmente beneficiosa para la evolución de su espíritu, ya que puede brindar una oportunidad de crecimiento y evolución.

Para aprovechar nuestra encarnación, debemos estar atentos, en la vida cotidiana, a cuándo se manifiestan nuestras imperfecciones y, en lugar de culpar y criticar los hechos de la vida que las hicieron, o las hacen aparecer, debemos agradecer los hechos, sean los que sean. La razón es que éstos nos muestran lo que vinimos a sanar aquí, lo que aún no es perfecto y puro en nosotros. En otras palabras, las situaciones «negativas» están ahí para mostrarnos nuestra misión individual, pero mientras al yo encarnado no le gustan y rechaza estas situaciones, tu esencia sabe que son potencialmente beneficiosas para tu proyecto de purificación.

Así pues, ser un reencarnacionista es mucho más que creer en la reencarnación, asistir a un centro, leer libros sobre el tema. Es vivirlo a diario, mañana, tarde, noche, todos los días, permaneciendo atento a los razonamientos, gene-

ralmente erróneos, del yo inferior y a las sabias orientaciones del yo superior.

Ser reencarnacionista es reconocer los propios defectos, autoobservarse para detectar cuándo debe evitarse su estallido (aunque sea en forma de pensamientos y sentimientos), cuándo los hechos de la vida están mostrándonos lo que hemos venido a curar, cuándo las circunstancias de la infancia y el curso de la vida muestran lo que el espíritu vino a hacer aquí, de lo que vino a librarse, de lo que necesita para purificarse.

Porque si las «cáscaras» no están suficientemente atentas a su evolución espiritual, si no miran sus propios «defectos», permaneciendo enfocados en las obras de los demás, o simplemente siguen viviendo, sin responsabilizarse del crecimiento y la purificación de su espíritu, el aprovechamiento de la encarnación puede quedar muy por debajo de lo que podrían alcanzar.

Pero para eso debemos ser conscientes de que no somos nuestra «cáscara» y sus etiquetas: nombre, apellido, color, nacionalidad, género sexual, etc. Éstas son sólo verdades aparentes del cuerpo físico de esta encarnación, mientras que en otras encarnaciones las etiquetas fueron diferentes, pero también temporales.

Pero antes de que me critiquéis por menospreciar tanto la «cáscara», pregunto: ¿Quién tiene el poder para viabilizar este objetivo? ¿Quién tiene la posibilidad de obtener esta ansiada evolución? Porque, por paradójico que parezca, ¡ésta es una tarea de nuestra «cáscara»! Verás, nuestra «cáscara», nuestra parte desechable menos importante, menos durade-

ra, tiene que hacer esto. Y es obvio, porque sólo ella es visible, se relaciona con las otras «cáscaras», va a la escuela, estudia, trabaja, se relaciona, se casa, tiene hijos, conduce, hace esto o aquello, va para allá y aquí, finalmente, aun siendo nuestra parte más baja, más ilusoria, descartable, es nuestra «cáscara», nuestra persona, quien brinda la oportunidad para el proceso de la vida encarnada, y es la responsable de obtener o no la evolución deseada por el espíritu.

Es guiada por nuestros pensamientos y sentimientos, y luego tenemos que darnos cuenta si está bajo el mando del espíritu o se ha apoderado de sí misma. Es decir, ¿es obediente o desobediente? Entonces, la gran pregunta es: ¿A quién obedece la «cáscara»? Y ahí es donde viene la pregunta de nuevo: «¿Quién soy yo?», porque si la «cáscara» cree que es ella misma, si se pierde en esta miopía, puede enredarse en las redes de las ilusiones, en las trampas de la encarnación. Por tanto, tenderá a gastar su vida luchando por metas mediocres, tratando de obtener conquistas inmediatas, satisfaciendo sólo a sus cinco sentidos físicos, enredado en los falsos valores que predica nuestra sociedad materialista, inmediatista, que llama con conquistas sin sentido, fugaces y victorias sin mérito, sin un verdadero premio.

Cuando una «cáscara» cree que es el centro del espectáculo, puede comenzar a desperdiciar la encarnación de su espíritu, pues bloquea la guía de su yo superior, que es quien debe guiar por los laberintos de la encarnación. Uno de los principales objetivos de mis libros es sugerir a los lectores de «cáscaras» que nos conviene encontrar a un mentor espiritual, guiarnos y también buscar, dentro de nosotros mismos,

nuestra verdadera y eterna esencia, que espera de nosotros hacer las cosas correctas, que sobrevivirá después de nuestra muerte física, que ya ha fabricado innumerables «cáscaras» antes, en otras encarnaciones, seguirá haciendo otras más adelante, y que está en todo momento, como se dice en el lenguaje deportivo, alentando para nuestra «cáscara» actual.

¿Quién soy yo? Ciertamente no soy mi «cáscara», estoy dentro de ella, esta vez, en esta encarnación. No soy hombre, no soy blanco, no soy médico, no soy brasileño, no soy el hijo de mis padres, ni el esposo de mi esposa, no soy el padre de mis hijos. Soy mucho más que eso, soy un ser movido por una conciencia, he estado en muchos otros cuerpos físicos antes, sé para qué reencarné, qué vine a hacer aquí y lo que espero que haga mi «cáscara» actual, en mi beneficio y en el de ella, en mi nombre y en el de ella. Esta vez, sólo esta vez, se llama Mauro Kwitko, aprendiendo el arte de la sumisión.

Entonces, pregúntate en ese momento: ¿tus «cáscaras» saben esto? ¿Lo recuerdas a menudo? ¿Podrán ponerse en el lugar que les corresponde, como vehículo de su espíritu en este plano, esta vez, en una correcta postura de obediencia a los deseos de su esencia, de servidor a sus órdenes? ¿Tu «cáscara» es obediente?

Muchas «cáscaras» ya han descubierto esta verdad, pero muchas aún no han pensado con profundidad sobre estos temas y probablemente les resulte gracioso cuando les diga que no son ni hombres ni mujeres, que no son blancos ni negros, que no son de ningún país, de ninguna religión, que son casi como ilusiones andantes, animadas por una con-

ciencia eterna. La respuesta a la pregunta «¿Quién soy yo?» no es difícil de responder, sino difícil de aceptar.

Siendo entonces mi «cáscara» sólo el representante visible de mi ser en este mundo, ¿qué debe hacer para servirme, para colaborar conmigo? En su corta existencia aquí, 80 o 90 años, debe tener muy claro cuál es su misión, qué espera de ella su asesor interior. Y esto no es difícil de saber, porque si reencarnamos para purificar nuestro espíritu, la «cáscara» lo que debe hacer es en esta encarnación actual es ayudar a nuestra conciencia a continuar en su búsqueda de evolución. Y eso es, sin ninguna dificultad para comprender, buscar la mejora, o la cura, de nuestros defectos e imperfecciones. Y eso es lo que hemos venido a hacer aquí, esta vez nuevamente, que es continuar con el servicio.

La psicoterapia reencarnacionista, la reencarnación en el consultorio psicoterapéutico, plantea que los hechos son los hechos, pero lo que debemos hacer es detectar nuestra forma negativa de sentir y reaccionar ante ellos, porque ahí están nuestras imperfecciones e impurezas, lo que debemos mejorar, o curar en nosotros. Haciendo un análisis sólo desde el inicio de esta vida actual, victimizándose por su infancia o su vida, creyendo que su tristeza, depresión, dolor, resentimiento, timidez, miedos, desconfianza, irritación, agresividad, autodestrucción, etc. se originan actualmente es un razonamiento limitado, pues crea un serio obstáculo en el objetivo evolutivo de purificar estas imperfecciones, además de así se niega la reencarnación.

Quien quiera aprovechar al máximo su actual encarnación, se debe decir a sí mismo: «Soy como soy y tengo estas

limitaciones e imperfecciones porque todavía no soy un espíritu lo suficientemente evolucionado para no tenerlas». Aunque tu padre o tu madre no tuvieran la capacidad de disminuir lo que vino a mejorar en su hijo, reaccionaste a los hechos de tu infancia y reaccionas a los hechos de la vida a tu manera, y si es una manera negativa, ésta es la tuya, brota de tu interior y no de los hechos. Ahí se evidencia lo que hay que mejorar, lo que has venido a hacer aquí esta vez. Esfuérzate día tras día por volver a casa mejor de lo que llegaste. Y no olvides que la infancia está estructurada por Dios y nosotros dentro de Él. En una encarnación, cuanto más envejecemos, debemos volvernos mejores, más puros. La «cáscara» envejeciendo, el espíritu evolucionando, así debe ser.